



SEMBLANZA DE LEOPOLDO MARECHAL

Carta inédita de Francisco José Figuerola, Presidente del Consejo Superior de Embajadores. Fue remitida a María de los Ángeles Marechal el 16 de junio de 1995 y leída en el marco de las Jornadas de Homenaje a Marechal organizadas ese año en el Centro Cultural General San Martín (Buenos Aires).

Disculpád mi ausencia.

Una misión diplomática requiere mi modesta contribución.

¡Leopoldo Marechal! Mi maestro en las artes de la Metafísica; la exégesis de la raigambre patriótica. Le debo muchos secretos, laberintos, jeroglíficos y la convivencia con la Palabra. Lo conocí gracias a un encuentro propuesto por aquel inolvidable Conrado Nalé Roxlo. Sus grillos oyeron La Pampa Marechaliana y con su Báculo llevó a su encuentro a este humilde peregrino. Salimos desde la librería «El Ateneo»; mudo yo oía a los dos poetas, levitando mi corazón para alcanzarlos. Era difícil, pero Marechal intuitivo, profundo exégeta y psicólogo, maestro vital, empezó unas reflexiones sobre la naturaleza humana y su hambre de esperanza y fe, que ilusionaron las baldosas que van desde Corrientes hasta Avenida de Mayo y Perú. ¿Lo recuerdas, Leopoldo? ¿Quedó en tu imagen espiritual mi asombro, mi gratitud, y nuestro mutuo entendernos, a pesar de la brecha intelectual y generacional existente?

En varias ocasiones fui a escucharte, siendo mi juvenil alma de entonces un receptáculo de tu fortaleza intelectual, humana y sobre todo, trascendente. Oí nuevos proverbios, salmos y profecías, que emanaban con ímpetu de viento, luz y río de tu inteligencia; de esa sabiduría con que Dios te llenó para despertar a tantos argentinos adormecidos en la superficialidad.

Oí tus ideales que eran y son los míos. Tu visionaria proyección de la argentinidad que aún espera nuestra respuesta, viril y seria, para terminar con las agonías del desencuentro espiritual.

Oí tu Metafísica. La maestría de tu humanismo de Hombre-Adán, de Hombre-Buenos Aires, de Hombre-Cristo.

Vislumbré, ya sentados solos ante dos tazas de café, en esa inolvidable confitería esquinera desde la cual divisábamos la pequeña, pero colosal, librería «Acción»; vislumbré –digo– tu maridaje perfecto con el Verbo Divino. Quedé feliz pero estupefacto. Admiré el Amor que Dios te tenía.

La Argentina nos daba un apóstol; para que nosotros, los de ayer y los de mañana, permanezcamos eternos desde tu Biblia-poesía; tus ensayos, tus discursos, tus notas, tus cuentos, tu Novelística, tu genial visión de la genialidad, del ingenio ingenioso, del genio y del ademán imperativo, pero suave y hondamente popular, diríase el látigo de rosarios con los que cantabas a la Humanidad.

No debo abusar en estas alusiones. Contar unas precisas definiciones que te oí y espero reproducirlas lo más exactas, al dictado de tu religiosidad activa. Dijiste: «Mire, joven, todo cuanto escriba en su vida que lleve implícito el ánimo con que lo expone. Que su verso, su tesis, su novela, provengan de lo más hondo de su necesidad espiritual; y la razón de ser de su mensaje. Si no tiene eso, no será puro, ni humano, ni universal».

Lo miré con grave embeleso. Sus consejos culminaban en la idea salvífica de la Epopeya. Marechal, nuestro filósofo griego. Nuestro Greco, nuestro Aristófanes, nuestro Parménides. Cuánto, cuántísimo te debo. Siempre te veré, desde las páginas de tus obras, como se ven a aquellos pre-cristianos ponderadores de la Causa Primera, de la dimensión sobrenatural. Ahí no sabía ya si estaba en un café o en la Acrópolis.

Marechal es el intérprete literario de la esencia de nuestra nación. Muy joven te pude escuchar, la juventud de Dios que emanaba de tu alma.

Embajador Francisco José Figuerola
Presidente
Consejo Superior de Embajadores

Carta remitida a la Sra. Presidente Fundación
Leopoldo Marechal
Dna. María de los Ángeles Marechal
Bs.As. junio 16 de 1995